

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.—Un número suelto un real.



De órden del gobernador... traigo el perdon del reo! (Pág. 218, col. 1).

SUMARIO.

- LA CRIOLLA DE LA HABANA, por M. H. de Goy.
- EL PAGE FLOR DE MAYO, por M. Ponson du Terrail.
- AMOR DE HIJO, por Ardisson de Perdiguer.
- EL CORAZON FRIO, por la señorita Elisa Tourangin.
- LA CIENCIA PARA TODOS.

LA CRIOLLA DE LA HABANA,

POR M. H. DE GOY.

(Continuacion).

VI.

Grande y general era la consternacion en la Habana, pues acababa de circular la noticia de que don Luis de Alvarado, condenado al suplicio de garrote, iba á ser ejecutado al medio dia. El reo se hallaba desde la noche anterior en capilla con el sacerdote encargado de auxiliarle en sus postreros momentos. Apenas asomó el nuevo dia, se abrió silenciosamente la puerta de la capilla, y dió paso á un jóven que corrió á arrojarle en brazos del reo.

—Gracias, Vicente! le dijo don Luis al verle; y hablándole al oido, preguntó: ¿Y Carmen?

—Antes de una hora estarás en sus brazos, respondió Vicente. Todo está dispuesto para tu evasion y no hay que perder tiempo.

—Te doy las gracias con todo mi corazon por tan generosa prueba de amistad, pero no acepto tu oferta, dijo Luis mirando con recelo al sacerdote.

—No tema V., hijo mio, dijo este con ternura acercándose á Alvarado, no le haré traicion. Adivino de lo que se trata... Escuche V. la voz y los consejos de su amigo... Sálvese V. si puede... Es V. demasiado jóven para morir.

—¿Has olvidado á tu hermosa y noble Carmen? añadió su amigo.

—Olvidarla!... ¡Ángel de amor y de bondad! No, Vicente, no la he olvidado, y por eso me niego á huir...

—Pero ese empeño es una locura, amigo mio... Sígueme: los instantes son preciosos...

—Te lo repito, amigo mio, añadió Luis con acento triste pero resuelto; me niego á huir porque ya no seria digno de Carmen. Esta fuga mancharia mi nombre con un sello de cobardía y de baldon.

—Luis! Luis! exclamó su amigo vertiendo lágrimas, en nombre de la amistad, en nombre del amor que profesas á Carmen, sígueme... huyamos!

—Sí, huya V., hijo mio; se lo suplico! dijo el anciano sacerdote que unió sus instancias á las de Vicente.

—Mi resolucion es irrevocable, dijo Luis, y te suplico por tu amistad que me evites el dolor de resistirte.

—¡Ah! todo se ha perdido...! ya no es tiempo! exclamó de pronto don Vicente al ver en el umbral de la puerta uno de los principales empleados de la cárcel, el cual, despues de mirar á la capilla, se volvió hácia fuera é hizo una señal.

Entró entonces lentamente y con vacilante paso una mujer enlutada y cubierta con un velo, y habiéndose cerrado la puerta, Carmen se arrojó en los brazos de su amante que acababa de conocerla y de dirigirse hácia ella.

Un prolongado silencio siguió á la llegada de la pobre jóven, que, pálida como un difunto, con sus largos cabellos destrenzados y caidos sobre su vestido de luto, presentaba la imágen de un dolor profundo pero resignado.

Su cabeza virginal permaneció largo rato apoyada sobre el pecho de Luis, pero la levantó por fin, y su mirada se cruzó con la del criollo.

Carmen ya no lloraba y su rostro rebosaba de ternura.

—Sed benditos en la tierra como lo sereis algun dia en el cielo, hijos míos, dijo el anciano sacerdote que fué el primero que se atrevió á romper tan doloroso silencio.

—¡Oh! sí, sí, querido Luis, murmuró Carmen, algun dia nos reuniremos en el cielo!

—Sí, ángel mio adorado, respondió Luis profundamente conmovido, y continuó con voz mas firme, tengamos valor y confianza en Dios. No me aterra la muerte, Carmen mia

pues te veo tranquila y resignada, y tu valor me alienta y fortalece!

El sacerdote y don Vicente se alejaron algunos pasos y volvieron la vista para dejar con mas libertad á los dos amantes.

—Cármén, dijo Luis estrechando á la jóven contra su corazón, tú has sido mi único amor y á ti te debo toda la dicha que he gozado en este mundo!... Cuando deje de existir, piensa algunas veces en mí, pero no llores, porque voy á partir con una dulce esperanza... Estoy orgulloso de tí, porque tu alma es superior á todas las cosas terrenales...

Cármén respondió con amargos sollozos.

—Adios, dulce mitad de mi alma!

—Adios, Luis!... adios, esposo mio!

Oyóse entonces cercano rumor de pasos, abrieron la puerta y un carcelero hizo una señal significativa con la cabeza á don Vicente de la Vega.

—¡Adios, Luis!... adios! repitió Cármén que hizo un esfuerzo sobrehumano para desprenderse de los brazos de su amante.

Don Vicente abrazó tambien al reo que logró sonreirse al mirar á Cármén. Esta tuvo igualmente en trance tan supremo bastante energía para responder á aquella sonrisa con otra de inexplicable ternura, y tomando de la mano á don Vicente, le arrastró hácia la puerta, pero á los dos pasos cayó repentinamente privada de sentidos.

Luis lanzó un grito y se lanzó hácia Cármén, mas al mismo tiempo don Vicente, con el auxilio de dos carceleros que acababan de llegar, se llevó á la pobre jóven y salió precipitadamente. La puerta giró sobre su quicio, y Luis se halló otra vez solo con el sacerdote que le dirigía palabras de consuelo.

—¡Oh! esto es horrible! horrible! exclamó el infeliz sollozando; y el hombre que algunos instantes antes tenia fuerza para sonreír y consolar á su amada, fué vencido por el dolor y el temor de la muerte.

Una hora despues de tan desgarradora escena, salió de la cárcel la lúgubre procesion del suplicio y se dirigió hácia el cadalso.

Don Luis Alvarado marchaba con paso firme, sostenido por el anciano sacerdote y con las manos atadas por la espalda. Su altivo y noble ademán y su mirada plácida excitaban la compasion general; los mismos soldados que le custodiaban, enternecidos con la resignacion del reo, parecian consternados, en tanto que la multitud apiñada en el tránsito exhalaba un sordo murmullo de lamentos.

Al llegar al sitio fatal, Alvarado subió al tablado y se colocó delante del verdugo. Este se disponia á poner el cuello del reo dentro del horrible instrumento de suplicio, cuando llegó un ginete á todo escape agitando al aire un papel y gritando:

—Deténgase V. ! De órden del gobernador... traigo el perdon del reo!

Una exclamacion inmensa y prolongada de júbilo salió de la multitud, y algunos amigos de Alvarado, que le habian acompañado hasta el lugar del suplicio, le trasladaron á un coche que partió á galope.

Pocos dias despues, Cármén, don Vicente de la Vega y don Luis de Alvarado se hallaban reunidos en casa de don Manuel de Zúñiga, en el mismo salon donde los dos amantes se habian jurado fe eterna, y un negro anunció al capitán general.

Don Andrés se dirigió hácia Cármén, la saludó respetuosamente, y tomando la mano de la jóven y enlazándola con la de don Luis, dijo al criollo:

—Dé V. gracias á doña Cármén, porque ella es quien le ha salvado la vida.

—Yo!... ¿cómo? preguntó Cármén con sorpresa.

—Recuerde V. que me dijo que obedecia á mis celos mas bien que á mi deber. No olvidé sus palabras, y no pude resolverme á perder á los ojos de V. el titulo de nobleza que es lo mas caro en el mundo para un español... Hé aquí, señores, porque le perdoné.

FIN.

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion).

El escudero cogió del brazo al italiano y le condujo á la posada de la Cruz del Trahoir, en cuya sala baja, destinada á los simples bebedores, se hizo servir una botella de añejo borgeña del mejor terreno.

—Ea, dijo cuando estuvo sentado enfrente del italiano, conversemos.

—Os escucho, señor Amapola.

Este tomó la actitud de un hombre de importancia, dió un golpe sobre la mesa, y apurando el contenido de su vaso,

—¿Sabeis, dijo, si el que ha muerto á Aventurino, es villano ó noble?

—Noble, respondió el italiano.

—¡Diablo! el caso es grave...

—¿Por qué?

—Porque uno no se venga tan bien de un noble como de un villano.

Por única respuesta enseñó Pepe la acerada punta de su verduguillo.

Pero Amapola levantó los hombros.

—Vamos pues! dijo, sangre por sangre y vida por vida es una pobrísima venganza.

—¿Qué quereis decir?

—Que se puede encontrar algo mejor que esto.

—Es verdad, murmuró el italiano; buscaré.

—Pero, prosiguió Amapola cuya lógica era concluyente, hé aquí precisamente en que se necesita proteccion.

—Tendré una.

—¿Cuál?

—La del caballero del Vernais.

Amapola se estremeció; pero, dominándose instantáneamente, preguntó con negligencia:

—¿Quién es ese caballero?

—Un hombre muy influyente en la corte.

—¿Eso mas?

—Dícese que es amigo del superintendente.

—¿De M. Fouquet?

—Precisamente.

—¿Cómo le conoceis?

—Yo no le conozco, pero Aventurino sí.

—¡Ah! hizo Amapola.

—El caballero le debía la vida.

—¡Oh! paréceme que recobro la memoria, pensó Amapola, y que voy recordando el lugar donde ví al caballero.

Y prosiguió con indiferencia:

—¡Toma! es extraño...

—Esto aconteció hace al menos diez años, era en Flandes... ¿os encontrabais tal vez allí?

—Proseguid, dijo Amapola que prestaba atento oido.

—Me contó Aventurino que el caballero habia sido humillado y maltratado por el general en jefe M. de Turena, y queria vengarse.

—¡Ah! interrumpió Amapola que iba recordando la memoria.

—Resolvió pues, continuó el italiano, pasarse al enemigo con despachos importantes que M. de Turena le habia confiado para el general de otro cuerpo de ejército; y cuando estuvo en camino, en vez de irse á Valencienas, donde estaba acantonado el cuerpo del ejército, tomó á la izquierda y se dirigió á Mons, en donde mandaba el duque de Alba. Desgraciadamente para él, encontró á dos leguas del campamento á dos soldados. Ambos conocieron la traicion del caballero, y el uno, que no era otro que mi hermano, le rompió el brazo de un pistoletazo derribándole del caballo.

«Sois un traidor, le dijo Aventurino, y os presentaré á M. de Turena que os hará arrestar; pero como es siempre triste prender á un oficial, quiero salvaros. Mi camarada y yo guardaremos el secreto, y diremos que habeis caido en una emboscada española, de la que os hemos libertado no sin trabajo.»

Y para dar mayor verosimilitud á esta fábula, rompió Aventurino con otro pistoletazo la cabeza al caballo del desertor, conduciendo á este desmontado al campamento. La prueba de que mi hermano y su compañero han guardado el secreto, es que el caballero no ha sido colgado y continúa siendo oficial.

—Es verdad, dijo Amapola; pero ¿estais bien seguro de que el desertor se llamaba el caballero del Vernais? pues yo, que era el que acompañaba á Aventurino, me acuerdo perfectamente de que aquel hidalgo se llamaba M. de la Morlière.

—¿Cómo! dijo el italiano, ¿erais vos?

—Yo mismo, y pensé, como Aventurino, que era triste el ver prender á un oficial.

—Pues bien, dijo Pepe que estaba perfectamente enterado, M. de la Morlière era el heredero de su tío el caballero del Vernais, que le ha dejado sus bienes y su nombre.

—¡Ah! diablo, pensó Amapola, eso viene como pedrada en ojo de boticario; hé aquí que mi amo tiene dos enemigos en vez de uno.

Y luego prosiguió alzando la voz:

—Y bien ¿qué pensais hacer?

—Iré á encontrar al caballero y le pediré que me ayude á vengarme en memoria de la discrecion de mi hermano.

—¡Bah! hizo Amapola riendo, ¿creeis pues en el reconocimiento?

—Si se niega á servirme, le amenazaré con descubrirlo todo.

Amapola se encogió de hombros.

—Hace ya de esto diez años y no existe otra prueba que mi testimonio; el caballero os mandará á la Bastilla, os pudrireis allí y Aventurino no será vengado.

El italiano se mordió los labios, tomando una actitud feroz.

—¿Qué hacer? murmuró.

—Escuchad, dijo confidencialmente Amapola; estoy al servicio de un noble de gran valia; os presentaré á él: si sois de su agrado, puede que haga mucho por vos. Entretanto venid conmigo, os acostareis en mi cama y dormireis un rato, pues estais extenuado.

El italiano siguió á Amapola, que le condujo á la habitacion que ocupaba con Flor-de-Mayo.

Esta habitacion estaba compuesta de dos piezas, una grande y otra pequeña. La primera estaba destinada al caballero; Amapola dormia en la otra. En esta fué pues donde hizo entrar á Pepe, el cual se echó en la cama sin desnudarse y no tardó en quedar dormido.

Quedóse Amapola en la primera pieza, y despues de cerrar la puerta de comunicacion, empezó el discurso siguiente:

—Amapola, amigo mio, no os ha faltado ingenio para encontrar á Pepe y conducirlo aquí. Cuando uno tiene un enemigo, vale mas darle su cama y guardarle cerca de sí que tenerle lejos. En seguida, y de paso, habeis sabido lo que era el caballero del Vernais, y lo recordareis en tiempo y lugar oportuno.

Un ruido de pasos que resonaron en la escalera interrumpió el monólogo del escudero; éstos pasos se detuvieron á la puerta, que se abrió, dando paso á Flor-de-Mayo.

—¡Uf! dijo alegremente el jóven, que estaba radiante, he concluido maravillosamente el dia.

Amapola llevó un dedo á sus labios.

—¡Chut! dijo.

Y señaló la puerta de la segunda estancia, en donde se oian los sonoros ronquidos del italiano.

—¿Quién diablos está allí? preguntó asombrado Flor-de-Mayo.

Los ronquidos cesaron bruscamente; Amapola continuó con el dedo en los labios, y Flor-de-Mayo permaneció inmóvil y estupefacto.

El italiano se habia despertado con sobresalto oyendo hablar, luego experimentó una extraña sensacion, y la voz de Flor-de-Mayo, á pesar de que no la habia oido nunca, le causó una de esas emociones raras é inexplicables como las que uno experimenta á la vista de un hombre unido á nosotros por un lazo misterioso. Despues, impulsado por un vago instinto de curiosidad, se puso á escuchar; pero las voces habian cesado de oírse. Entonces, en las tinieblas, Pepe sorprendió un rayo de luz penetrando á través de las rendijas del tabique, y enroscándose como una culebra, aplicó un ojo en la hendidura. Vió á Amapola apoyar un dedo sobre sus labios, y al jóven hidalgo preguntar por señas la explicacion de aquel misterio.

Y á la vista de Flor-de-Mayo, la extraña sensacion que Pepe experimentara al sonido de su voz no hizo mas que aumentar.

Entonces el cauteloso italiano se acostó de nuevo, y volvió á roncar, pero no dormía.... escuchaba.

Sin embargo, oyendo nuevamente Amapola el sonoro ruido que producía el simulado ronquido, no pudo dejar por mas tiempo en la incertidumbre á Flor-de-Mayo, y le dijo á media voz:

—Hay allí á dos pasos, en mi cama, un hombre que si os conociese os clavaria su puñal en el corazon.

Flor-de-Mayo se estremeció.

—¿Quién es ese hombre? preguntó.

—Un italiano.

—No conozco á ninguno.

—Es el hermano de Aventurino.

—¿Y bien?

—Vos le habeis muerto y su hermano quiere vengarle.

A estas palabras deslizó Pepe su mano debajo de la almohada donde tenia su puñal y lo tomó.

—Pero, prosiguió Amapola, no os conoce, y afortunadamente...

Amapola contó su encuentro con Pepe, la conversacion que tuvieron, lo que habia sabido tocante á del Vernais, y en fin su inspiracion de llevarse consigo al italiano.

—Ahora, dijo, está ahí.... á dos pasos.... duerme.... veamos lo que nos queda que hacer. Semejante enemigo, señor, es mas peligroso que diez hidalgos; no se bate, asesina. Luego vale mas comer el lobo que dejarnos comer por él, y me asaltan deseos de enviar á nuestro dormilon al otro mundo cortándole el pescuezo.

—¡Ah! ¡no! murmuró Flor-de-Mayo.

—Entonces, prosiguió Amapola, es preciso llevarnoslo. Ignoro á dónde vamos, pero supongo que habrá golpes que dar y que recibir. Un bandido como Pepe es un auxilio en esta clase de expediciones; ¿por qué no llevarlo con nosotros?

—Sea, dijo Flor-de-Mayo.

Amapola abrió su jubon y enseñó al caballero la brillante culata de dos pistolas.

—De aquí á dos horas, dijo, cuando partamos, le propondré que nos siga, y si rehusa le rompo la cabeza.

—No veo en ello ningun inconveniente, contestó Flor-de-Mayo.

—Si nos sigue, bien; mas tarde veremos lo que hay que hacer... mucho será que no hallemos un medio honroso para desembarazarnos de él.

—Pero, observó Flor-de-Mayo, ¿tiene caballo?

—Nó, pero el posadero tiene uno que queria venderme con todos los arneses. Un oficial que le estaba adeudando se lo ha dejado en clase de pago.

—Entonces vé á despertar al huésped, compra el caballo, dá pensó á los nuestros y vuelve á las tres en punto. Es la una, y me quedan dos horas para entregarme al sueño.

Y Flor-de-Mayo, mientras que Amapola cumplia sus órdenes, se echó en su cama y no tardó en dormirse con ese sueño profundo de la juventud, contra el cual el amor es impotente.

Este era el momento esperado por Pepe.

El italiano saltó de la cama, deslizóse hasta la puerta puñal en mano, y se dispuso á abrirla....

Pero ocurrióle una idea infernal.

—¡Oh! pensó, Amapola tenia razon, sangre por sangre es una pobre venganza, vale mas esperar... Ya encontraré algo mejor que eso.

Una sonrisa satánica pasó por sus labios, y volvióse á la cama, empuñando el mango de su almarada.

Dos horas despues fué Amapola á despertarle. Pepe afectó frotarse los ojos.

—¡Hé, amigo! le dijo el escudero, mi amo y yo vamos á partir para Angers con objeto de preparar habitaciones para S. M. el rey. He sabido que el asesino de Aventurino seguirá á la corte. Si quisieras crearme vendrias con nosotros.

Y hablando así, Amapola metió su mano debajo de su jubon preparándose á romper la cabeza al italiano si rehúsaba.

Pero éste respondió gozoso:

—Os seguiré con mucho gusto, pues es preciso que me venga!

Algunos minutos despues Flor-de-Mayo, Pepe y Amapola avanzaban montados por el puente de San Miguel.

Al salir de la Cité mandó Flor-de-Mayo á sus compañeros que tomasen por la calle del Infierno, mientras que él subia por la de San Jacobo á fin de no despertar demasiado la curiosidad de los transeuntes.

VIII.

AL FIN DEL CUAL AMAPOLA SE ELEVA A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS.

Cuando Flor-de-Mayo hubo alcanzado la puerta de San Jacobo y se encontró á extramuros de París, vió á un caballero parado en medio del camino. Era el vizconde.

M. de Mailly estaba solo; en su incertidumbre sobre el lugar donde iba y la mision que debía desempeñar, juzgó inútil llevarse un lacayo.

Los dos hidalgos cambiaron un apretón de manos, pusieron sus caballos el uno al lado del otro y tomaron la delantera de modo que quedase entre ellos y sus compañeros una distancia respetuosa que les permitiese conversar.

Flor-de-Mayo contó entonces en breves palabras y en voz baja quién era Pepe, y como Amapola habia juzgado prudente sacarlo de París. Pero al mismo tiempo creyó oportuno callar su visita nocturna á la plaza Real y su naciente amor por la canonesa, limitándose á enumerar con brevedad los otros acontecimientos del dia.

—¿De suerte, díjole el vizconde, que mi tia os debe la vida?

—¡Psehl! dijo Flor-de-Mayo en tono cortés, yo soy aun su agradecido.

Y dando otro giro á la conversacion,

—Ahora, le dijo, ya puedo decirlos á donde vamos.

—¡Ah! y ¿á dónde vamos?

—Primero á Angers.

—¿Y despues?

—Tal vez á Nantes. Esto dependerá de los acontecimientos.

—Bravo. ¿Me direis tambien cuáles son esos acontecimientos?

—Por ahora nó. El rey no lo quiere.

La respuesta no admitia réplica.

—Solamente, añadió Flor-de-Mayo, que no tenemos necesidad de apresurarnos. Viajaremos á cortas jornadas, refrescando de cuando en cuando, pues hace calor, y si quereis creermos, cabalgaremos de noche y por la madrugada y dormiremos de dia.

Hablaba Flor-de-Mayo tan razonablemente, que el vizconde no encontró objecion que hacerle, y todo se llevó á efecto conforme lo propuesto.

Los cuatro gnetes, vestidos por otra parte muy sencillamente, siguieron su camino al paso de sus cabalgaduras, hicieron alto al medio dia, almorzaron en un meson y volvieron á ponerse en marcha á la caída de la tarde cabalgando hasta media noche. El dia siguiente y los sucesivos se obró de la misma manera.

En Angers, donde llegaron el sexto dia de su viaje, Flor-de-Mayo hizo una visita al gobernador de la provincia, que era un sugeto adicto al rey, llamado M. de la Vauguyon.

—Caballero, le dijo entregándole la carta de Colbert; ¿conoceis este sello y esta letra?

El gobernador se inclinó.

—Tal vez dentro algunos dias, continuó Flor-de-Mayo, tendré necesidad de vuestros servicios.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

—En tal caso os enviaré mi escudero, que se llama Amapola, y pondreis veinte hombres á su disposicion.

—Muy bien, caballero.

—O bien puede que una noche llegue aqui con un prisionero perfectamente maniatado, para quien os pediré una habitacion conveniente.

—Tengo una torre en el castillo de Angers, respondió el gobernador, que resistiria el asalto de un ejército.

—Fortuna vuestra es, caballero.

—¿Cómo? hizo M. de la Vauguyon que no comprendia.

—Si, caballero, continuó Flor-de-Mayo completando su pensamiento; pues es probable que si el prisionero se escapase, S. M. os ofreciera un aposento en la Bastilla.

Y saludando al gobernador se despidió.

Mientras Flor-de-Mayo estaba en casa del gobernador de Angers, Amapola, siguiendo las órdenes de aquel, aleccionaba á Pepe en estos términos:

—Mi buen amigo, dijo, contábamos primero detenernos en Angers, pero á mi amo se le antoja ver el pais mientras que espera al rey, y vamos á hacer una excursion de recreo. El caballero es algo quisquilloso, y no extrañaria que cualquier diauviésemos que cambiar algunas estocadas y hasta algunos pistoletazos.

—No me disgusta, respondió lacónicamente el italiano.

—Pero, prosiguió Amapola, en tal caso serás retribuido con usura, y estará en tu mano ganar honradamente veinte pistolas.

—Se ganarán, señor Amapola, respondió Pepe afectando la mayor codicia.

Aquella noche se pusieron en camino andando seis horas sin descansar.

Amapola con su perspicacia de viejo zorrastron, habia concluido por adivinar que se trataba de un arresto, pero ignoraba quién era el individuo.

Flor-de-Mayo se detenia con preferencia para almorzar ó dormir en los mesones situados á orillas del camino, entrando raras veces en el interior de las ciudades ó villas.

A medida que se acercaban á la frontera bretona, notaban nuestros viajeros pequeños edificios levantados cada tres leguas de distancia y de reciente origen. Eran paradas de posta que el superintendente, en sus frecuentes viajes á Bretaña, habia organizado para su servicio particular. A estas paradas estaba inevitablemente anexo un meson.

Flor-de-Mayo no dejó de beber en todas ellas un vaso de vino y de informarse, con la sencillez de un provincial que quiere instruirse viendo el pais, de la manera ostentosa con que viajaba M. Fouquet.

El mesonero, encantado del honor que se le hacia interrogándole, daba los mas maravillosos pormenores, y nuestro héroe no tardó en saber que M. Fouquet viajaba de una manera régia, manera que su hermano el abate imitaba. Un correo le precedia con un dia de anticipacion y mandaba preparar los tiros. Otro correo le adelantaba solo seis horas. Por fin la carroza del superintendente tirada por seis caballos llegaba con la rapidez de una flecha, cambiaba el tiro en tres minutos y continuaba su camino, dejando tras sí un torbellino de polvo.

El abate Fouquet viajaba del mismo modo, con la única diferencia que su carruaje iba tirado por cuatro caballos en vez de seis.

Estos pormenores fueron dados á tres leguas de la frontera bretona, en un lugarejo llamado Ingrande.

Gustóle el sitio á Flor-de-Mayo, y preguntó al mesonero si podria darle habitacion para él y sus compañeros. Encantado aquel, puso el meson entero á disposicion de los viajeros.

—¿Cuál es la ciudad bretona mas cercana? preguntó todavia Flor-de-Mayo.

—Ancenis, respondió el huésped.

—¡Tomá! pues me parece que M. Fouquet tiene allí un apeadero de caza.

—Sí, señor.

—¿Qué lástima... murmuró sencillamente el paje, qué lástima que no conozca yo á M. Fouquet ni á su intendente!...

Y prosiguió dirigiéndose siempre al huésped:

—Me han contado maravillas del castillo de M. Fouquet; quisiera visitarlo.

—¡Oh! dijo el huésped, nada mas fácil.

—¿De veras?

—El intendente del castillo viene aquí á caballo cada dos dias, y tendrá una satisfaccion en recibir la visita de vuestras señorías. Pero os han exagerado el mérito del castillo, que es simplemente un apeadero de caza, donde el superintendente no vive nunca. Sin embargo, algunas veces se detiene en él yendo á Belle-Isle.

—¡Ah! dijo Flor-de-Mayo con negligencia.

—Y á pesar de su poca afición á la caza, continuó el mesonero, tiene ocupados un número considerable de picadores y perreros.

—¡Ah! hizo aun Flor-de-Mayo.

Y saludando al huésped con afabilidad se fué á tomar posesion de la estancia que se le habia preparado.

El meson era espacioso; por de pronto no albergaba ningun forastero, y nuestros viajeros se encontraron instalados muy á su gusto.

El vizconde y Flor de Mayo ocuparon dos cuartos contiguos en el primer piso: Pepe y Amapola fueron colocados en el segundo en una pieza con dos camas.

Amapola, que no fiaba mucho en el italiano, se alegró de tenerlo cerca.

Hasta entonces habia juzgado inútil Flor-de-Mayo comunicar su plan al vizconde y á Amapola: pero aquel dia pensó que el momento era llegado, y despues de un espléndido desayuno en que Pepe bebió mas de lo regular, envió á este último á dar pienso á los caballos y propuso á sus compañeros que fueran á dormir la siesta á la sombra de un grupo de encinas que se elevaban á cien pasos del meson.

Flor-de-Mayo pensaba juiciosamente que las paredes casi siempre tienen oídos.

El vizconde y Amapola le siguieron, reclináronse como él á un árbol, y dirigiéndose Flor-de-Mayo al primero, dijo:

—¿No encontrais que este país es encantador y que se respira en él un aire saludable?

—En efecto, dijo M. de Mailly.

—El meson es cómodo, el vino bueno, y el huésped atento y afectuoso. ¿No os parece que podriamos pasar unos cuantos dias aqui?

—Como gustéis, respondió M. de Mailly; sois, mi querido Flor-de-Mayo, el jefe de nuestra expedicion, y no tenemos que hacer mas que obedecer. Sin embargo, empiezo á adivinar...

—¡Bah! ¿y qué adivinais?

—Que se trata de un arresto.

—Tiempo hace que lo he adivinado, dijo Amapola guiñando el ojo.

—Yo tambien, prosiguió el vizconde; solamente que ignoro todavía á quién debemos arrestar.

—¡Oh! lo que es yo lo sospecho.

—¿De veras, señor Amapola? dijo Flor-de-Mayo frunciendo el entrecejo; al rey no le gusta ser adivinado.

El vizconde miró con aire tierno á Flor-de-Mayo; sentíase renacer en aquel niño aventurero que nada temia y que hablaba con el aplomo de un viejo capitán.

—Os ayudaré, Flor-de-Mayo, aun cuando se trate de prender á M. Fouquet. Aprecio al superintendente, pero teneis órdenes del rey, y soy noble.

Flor de-Mayo le miró fijamente y vió que su secreto dejaba de serlo para M. de Mailly, pero al mismo tiempo comprendió que este era la personificacion del honor, y que por lo tanto nada tenia que temer de semejante confidente.

Amapola escuchaba con la mayor atencion. —Prender al superintendente, dijo, y á las puertas de Ancenis, casi en su casa! ¿Sabeis, caballero, que el superintendente viaja siempre con un ejército?

—Y vos, señor Amapola, dijo Flor-de-Mayo, ¿habeis leído la historia griega?

—No leo nunca, dijo Amapola que no juzgó á propósito explicar el por qué.

—Pues bien, contestó el caballero, los persas eran diez mil, y Leonidas los venció en las Termópilas con trescientos hombres.

—La respuesta es tan loca como heróica.



Impulsado por un vago instinto de curiosidad se puso á escuchar. (Pág. 218, col. 3).

—Ya sabeis que el verdadero sabio es un loco; únicamente él acierta.

Y despues de esta bella paradoja dirigióse Flor-de-Mayo á Amapola.

—Mi buen amigo, le dijo, parece que el señor superintendente tiene un número bastante considerable de picadores en su castillejo de los alrededores de Ancenis. Estoy deseoso de visitar ese castillo, pero no conozco al intendente; por lo que te encargo montes á caballo al despuntar el dia y vayas á verle pidiéndole permiso para visitarle.

—Muy bien, dijo Amapola, iré y le veré.

—Al mismo tiempo, continuó Flor de-Mayo, enviaré á Pepe á Angers; y volverá por la noche, aunque tenga que reventar un caballo.

—¿Por qué le mandais á Angers? preguntó el vizconde.

—Para llevar una palabra al señor de la Vauguon.

Y sacando Flor-de-Mayo un librito de memoria de su bolsillo, arrancó una hoja y escribió con lápiz las siguientes líneas:

«Mi querido primo, supongo que os acordareis de vuestro primito Flor-de-Mayo que os visitó hace dos dias, y que reclama vuestra asistencia; ha contraido dendas á causa de una partida de dados y espera en el meson de Ingrande lo que le habeis prometido.»

Y Flor-de-Mayo firmó.

El dia siguiente al rayar el alba partió Amapola para el castillo de Ancenis y Pepe para Angers.

Flor-de-Mayo dijo al vizconde:

—Hasta que regresen nada tenemos nosotros que hacer; despues veremos. Entretanto comamos bien y bebamos mejor.

—Sea, respondió el vizconde con indiferencia.

—Querido amigo, añadió Flor-de-Mayo, ahora debo pedir os perdon.

—¿Perdon de qué?

—De haberos asociado á una empresa en la cual nada vais á ganar.

—¡Pseh! hizo M. de Mailly melancólicamente, me fastidiaba y esto me distraerá. Y volvió á caer en esa meditacion profunda que le era habitual y de la que Flor-de-Mayo no se habia atrevido nunca á preguntarle la causa, á pesar

de que sospechaba provenia de un violento pesar amoroso.

Durante este tiempo, siguió Amapola su camino al galopillo, llegando al apeadero de caza de M. Fouquet.

Este castillo, del que en el dia no queda ningun vestigio, estaba edificado en el fondo de un pequeño valle rodeado de inmensos bosques llenos de caza, y á distancia de cerca de dos leguas de la pequeña ciudad de Ancenis. De reciente construccion, no tenia el sombrío aspecto de las moradas feudales, ni la arquitectura atrevida de los edificios del Renacimiento. Era una especie de villa italiana, rodeada de un verde prado regado por un arroyo claro y murmurante, y dominando el mas gracioso paisaje que imaginarse pueda.

—A fe de quien soy, murmuró Amapola llamando á la verja del parque, he aqui un castillo que sostendria difícilmente un sitio, y creo que yo solo lo tomaria.

Un criado sin librea fué á abrir al escudero, que iba vestido por el estilo de un servidor de buena casa, y que le saludó profundamente.

El criado hizo un movimiento de sorpresa y dejó escapar un grito.

—Cómo, dijo, ¿sois vos, Amapola?

—¡Eh! por Dios, respondió maravillado el escudero, es mi antiguo hermano de armas Bernabé.

—El mismo, ¿sargento.

—¿Y cómo d'ablos te encuentras aqui? ¿has dejado el servicio?

—Hace un año, sargento, y he entrado en calidad de picador en casa monseñor el superintendente. Pero vos mismo, señor Amapola, ¿cómo os encontrais aqui?

—Yo, dijo sencillamente el viejo soldado, he hecho como tú; tocaba ya á los cincuenta años, el arnés empezaba á parecerme pesado, y he buscado una conveniencia; solamente que he sido menos afortunado que tú, pues que en vez de entrar al servicio de un gran señor como el superintendente, he venido á ser el lacayo de un hidalguillo bloisense que posee á lo mas diez mil libras de renta.

—Poco es, dijo desdenosamente el picador.

—Pero, prosiguió Amapola, mi jóven amo viaja, quiere ver el país é instruirse; se ha propuesto recorrer la Bretaña, como ha recorrido ya el Anjou, y llegamos ayer á Ingrande. Allí hemos sabido que M. Fouquet posee un castillo en las inmediaciones de Ancenis, y el caballero de Chastenay, así se llama mi amo, curioso como todos los adolescentes, pues cuenta apenas diez y ocho años, ha tenido el capricho de visitarlo, por haber oido siempre contar maravillas tocante á las numerosas residencias de M. Fouquet.

El picador se sonrió.

—Nada más fácil, dijo, aunque aqui hay poca cosa que ver; vuestro amo hubiera debido venir con vos.

—¡Oh! dijo Amapola, el caballero es algo tímido y me ha enviado para que pida permiso al intendente del castillo.

—El intendente ha partido esta mañana para Belle-Isle, respondió el picador.

—¿Estará allí tal vez el superintendente? preguntó sencillamente Amapola.

—No, respondió Bernabé, puesto que la guarnicion está aqui.

—¿Y vendrá pronto?

—No vendrá, sargento; ó si viene no será antes de un mes bien cumplido, pues las habitaciones no están preparadas.

Esta respuesta cambió las ideas de Amapola. —Creia que el intendente iba á Belle-Isle para aguardar allí á monseñor.



¿De dónde has sacado tanto dinero? le preguntó con cariño maternal. (Pág. 222, col. 1).

—Nó, en verdad, dijo Bernabé que no pecaba de discreto, no aguardamos mas que á su hermano.

—A su hermano! dijo para sí Amapola; pobre hazaña la de prender al abate Fouquet. Linda ocupacion para un hidalgo como mi amo la de arrestar á un abate en un camino real! ¿Cómo sabeis que el señor abate va á venir? dijo en alta voz dirigiéndose al picador.

—¡Oh! respondió Bernabé, esta noche ha llegado de Paris un correo á todo escape y ha traído una carta para el intendente. Supuesto que habeis dormido en Ingrande, debeis haber visto pasar la estafeta.

—Es muy posible, á fe mia, contestó Amapola, pero me acosté á las nueve, y cuando se duerme no se oye.

Amapola se decía al mismo tiempo:

—Si este correo hubiese pasado por Ingrande yo lo hubiera sabido; por lo tanto debe haber tomado otro camino desviado por donde el abate pasará á la sordina. Es preciso que andemos listos.

Despues dijo en voz alta:

—Pues entonces, mi querido Bernabé, ¿el abate Fouquet pasará por aquí?

—¡Oh! sin duda.

—¿Se detendrá?

—Es probable; sin embargo, nada sé de cierto.

Amapola, que mientras hablaba se habia apeado y seguia al criado, tomó un tono misterioso y confidencial.

—Mi viejo Bernabé, dijo, ¿te acuerdas de cierto sablazo que paré en el momento en que iba á hendirte la cabeza?

—Voto á brios! señor Amapola; por él os he guardado siempre el mas vivo reconocimiento.

—Pues bien, tal vez puedas probármelo.

—¿Yo? En este caso hablad, señor Amapola.

El semblante del viejo soldado se iluminó con una cándida sonrisa.

—Seré breve, dijo; mi jóven amo tiene otro objeto que visitar el castillo.

El picador dirigió una mirada de curiosidad á Amapola.

—Ha llegado á oídos del caballero, continuó el antiguo sargento de Bernabé, el próximo paso de monseñor el superintendente, y ha venido á Ingrande con la esperanza de encon-

trarse en su camino, pues quiere pedirle un favor de la mayor importancia. Trátase de obtener su proteccion con motivo de un proceso que se ha de juzgar en Blois dentro de quince dias y cuya pérdida compromete todos los bienes de mi amo.

—Señor Amapola, no sabré deciros de fiyo la época en que monseñor pasará por aquí, pero de seguro llegará su hermano dentro algunos dias, y éste tiene mucho influjo sobre aquel.

—Pero, ¿cómo lo haremos para ver al señor abate?

—Es fácil; que vuestro amo se quede en Ingrande y espere la llegada del señor abate; la vispera pasará su correo.

—Voto á sanes! exclamó Amapola, la idea es excelente y la aprovecharemos.

—Ahora, dijo el picador, si quereis visitar las perrerías y el musco de montería, venid conmigo; es todo lo que hay que ver aquí.

(Se continuará.)

AMOR DE HIJO,

POR ARDISSON DE PERDIGUIER.

(Conclusion.)

II.

Koenig continuó trabajando con afán y comiendo miserablemente, pero contento y feliz. Los demás compañeros se reian con disimulo de su pálido y flaco semblante, y aun le dirigieron de vez en cuando algunas bromas, pero él hizo ver que no las entendia. Los quince dias pasaron como todos: lentamente para los que padecen y aprisa para los dichosos. Cuando llegó el dia de la paga, Koenig salió silenciosamente del taller excitando la curiosidad general, y apenas la mesa de Rouget habia reunido á todos los compañeros, cuando fué interpelado Ernesto acerca de la comision que le habian encargado.

—Amigos míos, dijo Ernesto, vais á saberlo todo mientras llega la sopa. La historia es triste pero breve. Parece que Koenig llegó de Alsacia á Paris con su madre, que es viuda, y

una hermana... El viaje agotó sin duda sus recursos, y el pobre jóven casi se halla en un continuo ayuno para mantener á las pobres mujeres que saben el francés menos que él y no conocen alma viviente... Examinemos sus gastos é ingresos...; franco y medio para albergarse, vestir y comer tres personas, es cosa muy poca, y añádase á esto que él es torpe y que al menos necesitará dos años para ganar dos francos diarios. ¿Es justo ser tan torpe cuando se tiene que mantener á dos mujeres? Es verdad que es callado, laborioso y buen compañero, y si no se avergonzara, haríamos muy bien en protegerle.

—Voy á proponeros un medio, dijo bruscamente Bertran, y mal corazon tendrá el que no acepte!

—Hablad!

—Somos quince en el taller, sin contar á Ruffin que tiene familia; demos cada cual un sueldo por dia y reúñase un pequeño capital para el pobre Koenig.

—Yo ofrezco dos sueldos, dijo Ernesto.

—Mezquino será el socorro, dijo sentenciosamente el anciano Fore; añadamos todos el sueldo, pues no nos moriremos por eso de hambre.

—Bien dicho! exclamó Bertran; ¿quién será el cajero?

—Tú! tú! respondieron todos.

—Acepto!

Y para dar principio á su empleo puso sus dos sueldos sobre un plato que dió vuelta á la mesa, y que al llegar á su punto de partida, contenia franco y medio.

—Muy bien, dijo Bertran poniéndose la pequeña cantidad en el bolsillo; todos los dias antes de almorzar haré la misma operacion.

—Pero es forzoso que él lo ignore, advirtió Ernesto, pues un hombre honrado se sonroja naturalmente de recibir una limosna que le humilla.

—Suplicaremos al jefe que se lo dé como aumento de salario, dijo otro, y así no sospechará nada.

—¡Magnifico! dijo el anciano Fore.

—Brindo á la salud de Bertran que ha tenido tan feliz idea! dijo Ernesto; y todos los obreros repitieron el brindis.

La comida fué mas alegre que otros dias.

¡Es tan satisfactorio el hacer bien!

III.

Koenig continuó trabajando con ahinco, y cuando llegó el día de la paga, los corazones de sus compañeros latían con mas violencia que el suyo.

—Sabed, le dijo el jefe, que desde el principio de esta quincena habeis ganado un jornal de tres francos.

—Os engañais, señor!... balbuceó Koenig sofocado por la emoción.

—No, no me engaño... haceis grandes adelantos.

—Pobre madre!... tendrá un vestido y pan, exclamó Koenig ebrio de júbilo al recibir sus cuarenta y cinco francos.

El jefe se inclinó como para escribir, pero en realidad era para enjugarse una lágrima.

Koenig salió del taller precipitadamente, sin oír ni ver nada, ciego de alegría.

Bertran le paró deseando ver la cara que hacía el pobre obrero.

—¿A dónde vais tan aprisa? le dijo; ¿no sabeis la costumbre?

—¿Qué costumbre? balbuceó el jóven.

—Hace un mes que trabajais con nosotros; os arraigais en el taller, os admitimos en nuestra compañía, y...

—Yo no me arraigo, respondió Koenig, únicamente hago grandes adelantos.

—¿Será cierto? le preguntaron los obreros rodeándole.

—Sí! sí! respondió con ademán de triunfante alegría.

El éxtasis de su rostro y el reflejo de su dicha herloseaban sus pálidas facciones. Había en torno suyo diez y seis corazones casi tan dichosos y seguramente tan alegres como el suyo.

—Pues bien, venid con nosotros; cada cual pagará su parte.

Bertran le cogió del brazo, y Koenig cedió reflexionando que no debía aislarse ya ganando tan crecido jornal.

Casi no comió y bebió menos. Estaba conmovido, turbado y á disgusto, pues su naturaleza, tan fuerte contra el padecimiento, era débil en la alegría. Además, le amargaba el corazón un pensamiento doloroso como el remordimiento. ¿No se hallaba en medio de la alegría mientras su madre y su hermana le esperaban padeciendo?

No pudiendo contenerse, se levantó y dijo:

—Perdonad, amigos, pero voy á decir á mi madre que gano ya mas jornal.

Y corrió sin descansar hasta su casa; subió los ciento veinte escalones que había hasta su habitación, abrió estrepitosamente la puerta y se sentó rendido de fatiga exclamando:

—Madre, somos felices!

Y sacando del bolsillo los cuarenta y cinco francos, como prueba de su veracidad, se los entregó á su madre con alegría infantil.

—¿Qué significa esto, Benjamin? No entiendo lo que dices... ¿De dónde has sacado tanto dinero? le preguntó con cariño maternal.

—¿De dónde lo he sacado, madre? El jefe me ha dicho que hago grandes adelantos y que cobraré otro tanto cada quince días. ¡Cuarenta y cinco francos! nueve escudos! ¡Como vais á cuidaros, madre mía!... En primer lugar, destinad uno para un vestido, otro para una manta, dos para pagar el alquiler, uno para el panadero, otro para comprar zapatos y camisas para la hermanita, dos para el médico, uno...

Interrumpió su distribución la llegada de Wilhelmina; la pobre niña, transida de frío y medio desnuda, fué á acurrucarse cerca del lecho de su madre, y al ver el dinero, dirigió á esta y á su hermano una mirada vaga de asombro, una de esas miradas peculiares á los niños de Alsacia.

—Madre, ¿me comprareis unas tijeras?

—Sí, sí, respondió su hermano, y agujas y un dedal, y cuanto quieras, porque ya gano mucho dinero.

—¡Oh! ¡qué dicha! dijo la jóven abrazando con trasporte á su hermano. Pasado este primer desahogo, Wilhelmina se volvió hácia su madre, y con voz casi ininteligible le dijo al oído:

—Tengo hambre!

¡Espantosa reaccion! la dicha representada por aquellas monedas no había hecho mas que herir levemente la imaginación de la jóven, en tanto que la absorbía enteramente la punzante realidad, la necesidad irresistible de la materia. ¿Se desea con tanto afán conservar la vida en la juventud!

La madre la oyo, y tomando una moneda de cinco francos con sus manos enflaquecidas por las privaciones y la enfermedad, dijo á su hijo:

—Wilhelmina irá á comprar pan.... es lo mas urgente.

—No, yo mismo iré, respondió Koenig, que bajó precipitadamente la sombría escalera.

La jóven extendió un blanco mantel sobre la mesa, donde puso su hermano pan, queso, fruta y una olla de sopa cuyo olor perfumó la estancia.

La pobre madre se sonreía al ver los rostros alborozados de sus hijos, é incorporándose en la cama, cruzó devotamente las manos y recitó una oración en acción de gracias.

Un rayo de esperanza bastó para alegrar á aquellos seres desgraciados. La esperanza está siempre en germen en el corazón humano: apenas brilla la alegría, el germen se dilata, se desenvuelve y borra un pasado de penas y desesperación...

¡Qué animoso corrió el día siguiente Koenig al taller!

IV.

La vida ordinaria de labor siguió su curso, pero con mayor bienestar, merced á la generosidad de los compañeros de Koenig. Esta situación duró tres años. El pobre hijo de la Alsacia iba ganando en carnes y en color y con frecuencia asomaba en sus labios la sonrisa; no viéndose perseguido ya por el espectro de la miseria, con el corazón contento y libre el alma, estudiaba mucho, asistía á los cursos gratuitos, velaba hasta las altas horas de la noche en el invierno, sus ademanes se hacían mas desenvueltos y se desarrollaba su inteligencia; trabajaba como cuatro y hablaba con perfección el francés.

Ascendió á marcador y despues á segundo jefe. Su imaginación, con el auxilio de la instrucción que diariamente adquiría, creó modelos preciosos de gracia y elegancia.

Finalmente, fué nombrado jefe...

Había mucho tiempo que sus compañeros, convertidos en inferiores aunque sin dejar de ser amigos, no hacían el sacrificio de los dos sueldos diarios, y nunca le habían obligado á ir á la fonda de Rouget, temerosos de que el vino, que es amigo tan pálido y charlatan, les arrancase un secreto que querían conservar toda la vida.

Enrique, el travieso aprendiz, era el obrero preferido de Koenig, quien le amaba como á un hermano.

La nueva posición descubrió en Koenig cualidades eminentes que le granjearon el cariño de cuantos le conocían. Seguro de su porvenir, pudo y supo utilizar un talento que hubiera quedado abismado en las tinieblas de la miseria.

Koenig ignora aun lo que hicieron por él sus compañeros, y si estas líneas llegan á sus manos, ahora que se halla en una elevada posición, quedará asombrado al reconocerse. ¿Cómo se regocijará por haber dado motivo á un rasgo de generosidad que no hubiera imaginado él con mas delicadeza! También Koenig ha socorrido en su nuevo y próspero estado á los desgraciados, y á su iniciativa, á sus desvelos y á su generosidad se debe la fundación de la *Caja de socorros* para los obreros pobres, que posteriormente y bajo diversas formas ha adquirido tanta extensión y ha socorrido tantos infortunios.

El óbolo que cae de la mano del pobre vuelve al mismo como el agua del cielo vuelve á la tierra que la exhaló, convertida en rocío saludable y fecundante.

Si algun lector puede dar nombres á los personajes de esta historia, le suplicamos que imite nuestro silencio...

El mérito descubierto pierde todo su perfume.

EL CORAZON FRIO,

POR LA SEÑORITA ELISA TOURANGIN.

(Continuacion).

El Tannenbuhl es una colina que se alza en la parte mas culminante de la selva. No se veían entonces á dos leguas á la redonda aldeas ni cabañas, pues los pobres montañeses creían en su superstición que era peligroso vivir en aquel paraje. Aunque los árboles que crecen allí son los mas hermosos del bosque, nadie se atrevía á herirlos con el hacha, porque se decía que los leñadores que se aventuraban á cortarlos habían sido siempre víctimas de una desgracia misteriosa. Además, cuando un pino del Tannenbuhl llegaba al agua, hombres y almadías naufragaban irremisiblemente.

Cuando Pedro llegó á la cúspide mas elevada del Tannenbuhl se paró delante de un pino monstruoso, por el cual hubiera dado cien florines un constructor holandés. «Aquí debe estar el dueño del tesoro,» pensó Pedro, y quitándose el sombrero, hizo una profunda reverencia delante del árbol, tosió y dijo con voz trémula:

—Buenas tardes, señor vidriero!

Nadie le contestó.

—Tal vez, dijo, será preciso que pronuncie la fórmula mágica; y balbuceó:

—Espíritu familiar del...

Al pronunciar estas palabras vió con terror una forma extraña detrás del pino, y le pareció conocer al pequeño vidriero tal como se lo habían descrito, con la chaqueta negra, las medias encarnadas, el sombrero fino y hasta el rostro pálido pero fino y astuto que le atribuían; pero ¡ay! la aparición se desvaneció con la misma rapidez con que se había mostrado.

—Señor vidriero, añadió Pedro despues de un instante de indecision, os suplico que no me creais un necio, y si os figurais que no os he visto, os habeis engañado.

Nadie le respondió, y únicamente creyó oír de vez en cuando una carcajada disimulada y burlona. Finalmente, dominando con su impaciencia el miedo que había sentido hasta entonces, exclamó:

—Espérate, malvado, que pronto caerás en mis uñas, y de un salto se puso detrás del pino, donde no vió ningun vidriero sino una pequeña ardilla que huyó encaramándose por las ramas.

Pedro meneó la cabeza: conocía que el conjuero había sido hasta cierto punto bien dirigido, y que quizás no le faltaba mas que una palabra para obligar al vidriero á aparecersele, pero por mas que recordó le fué imposible dar con ella. La ardilla estaba en la copa del pino como si quisiera animarle ó tal vez burlarse de él; y era un contento ver como se acicalaba, se alisaba la piel, y como movía con coquetería la hermosa cola, dirigiéndole sus ojillos llenos de malicia. Pedro empezó á tener miedo de hallarse cerca de aquel animal sospechoso, porque unas veces la ardilla parecía tener cabeza humana y llevar un sombrero de tres picos, y otras veces era solo una ardilla, aunque llevaba en las patas traseras medias encarnadas y zapatos negros. Pedro creyó que los cambios del animal eran efecto de hechicería y se alejó con rapidez. La oscuridad del bosque era cada vez mas densa, los árboles mas espesos, y empezaba á temer que se había extraviado, cuando oyó ladrar á lo lejos un perro, y se tranquilizó á los pocos pasos viendo la humareda de una cabaña al través de los árboles; pero cuando llegó cerca de ella, se convenció, al examinar el traje de los que la habitaban, de que efectivamente se había extraviado y que se hallaba en la comarca de los marineros.

El amo de la casa, que era leñador, su anciano padre y algunos hijos ya crecidos recibieron cordialmente á Pedro y le ofrecieron cama para pasar la noche sin preguntarle su nombre ni el de su pueblo. Le obsequiaron con sendos vasos de sidra y un gallo silvestre que es uno de los platos mas apreciados de la Selva Negra.

Terminada la cena, la mujer del leñador y sus hijos se reunieron delante del hogar donde ardía con deslumbrante llama un montón de resinosos tizones de pino; los hombres fumaban silenciosamente en sus largas pipas, y los niños se ocupaban en construir cucharas y tenedores de madera. La tempestad bramaba en tanto en la selva y azotaba con sus torbellinos los pinos gigantescos; oíanse ruidos espantosos como si el viento arrancase los árboles de raíz y se chocasen al caer. Dos muchachos quisieron salir á la selva para ver de cerca tan horrible espectáculo, pero el abuelo les contuvo con una severa mirada.

—No os aconsejo á ninguno de vosotros que salgais ni siquiera á la puerta, les dijo, porque es tan cierto como que Dios existe que no volveriais jamás... Miguel el holandés está haciendo de las suyas en el bosque y es peligroso desafiarse su cólera.

Los hijos le miraron con asombro; habían oído hablar ya de aquella historia y suplicaron al abuelo que se la contase. Pedro Munck, que sentía la misma curiosidad, unió sus instancias á las de los jóvenes y preguntó al anciano quién era el famoso Miguel.

—Es el señor de la selva, respondió, y preciso es que vivais á la otra parte del Tannenbuhl para que á vuestra edad me dirijais una pregunta semejante. Voy á contaros lo que sé de él y lo que cuenta la leyenda.

Hará unos cien años, según decía mi padre, no había hombres más perfectos en la tierra que los habitantes de la Selva Negra, pero desde que hay tanto dinero en el país la virtud se ha trocado en maldad y mala fe. Los jóvenes bailan y beben los domingos, lanzando juramentos que hacen estremecer, y sostengo y sostendré siempre que Miguel el holandés es la causa de tanta corrupción.

Hará unos cien años tambien vivía en esta comarca un rico maderista que tenía muchas haciendas y traficaba hasta el Rhin, y sus negocios prosperaban porque era persona justa y de probidad.

Una noche se presentó un extranjero en su casa pidiéndole trabajo. Su figura era extraña y nunca vista; llevaba el traje de los jóvenes del país, pero tenía un palmo más que el hombre de mas estatura. Conociendo el traficante que aquel gigante debía ser robusto y apto por consiguiente para transportar grandes pesos, le concedió sin regatear el salario que le pedía. Miguel era en efecto un trabajador inapreciable; valia como tres para cortar un árbol, y él solo bastaba para arrastrarlo por un extremo cuando seis hombres lo empujaban por el otro. Aun no había trascurrido el año, y Miguel se presentó al amo y le dijo:

—Hace mucho tiempo que me ocupó en cortar árboles, y quisiera ahora saber á donde van; permitidme que conduzca una almadía.

El amo respondió:

—No trato de oponerme á que veas mundo como deseas, y aunque necesito hombres robustos como tú para explotar el bosque, porque para las almadías mas se necesita destreza que fuerza, consiento por esta vez.

Dejóle partir, y la almadía que debía conducir Miguel se componía de ocho maderos formados con los troncos de gruesos pinos. Pero ¿qué sucedió? El día antes de partir Miguel lanzó además en el agua ocho troncos de longitud y grosor prodigiosos que llevaba sobre los hombros tan fácilmente como una pértiga de marinero, dejando á todo el mundo maravillado. ¿Dónde los había cortado? Nadie lo supo ni se ha sabido nunca. El corazón del amo palpitó de gozo al verlos y calculaba ya cuanto podían valer.

Miguel le dijo:

—Servirán para conducirme durante mi travesía, porque tendria vergüenza de embarcarme en tus miserables palancas.

El amo quiso regalarle un par de botas de marinero, pero Miguel las despreció y trajo unas de una magnitud sin igual. Mi padre aseguraba que al menos pesaban cien libras y que tenían cinco piés de altura.

La almadía partió, y si grande había sido la admiración que causó Miguel á los leñadores, mayor fué la que excitó á los marineros. La almadía que creían ver andar lentamente á causa de los enormes troncos de que estaba

formada, voló como una flecha sobre el Nécker, y cuando el rio hacia un recodo y los marineros tenían que mantenerse en medio de la corriente para no chocar en los bancos de arena ó en los peñascos de la orilla, Miguel se arrojaba al agua, tiraba de un empuje á derecha ó á izquierda, de modo que las balsas se deslizaban sin peligro. Cuando estaban en medio del agua, se ponía en la que formaba cabeza, ponía en juego todos los remos, hundía su enorme garfio en la arena, y la almadía bogaba con tanta celeridad que árboles y aldeas parecía que corrian como un mágico panorama.

De modo que llegaron en la mitad del tiempo que empleaban otros viajes á Colonia donde acostumbraban vender su cargamento. Miguel les dijo entonces:

—Supongo que no sois legos en el comercio y conoceis lo que os interesa. Decidme: ¿creéis que los habitantes de Colonia emplean para su uso toda la madera que baja de la Selva Negra? No; os la compran por la mitad de precio y la vuelven á vender muy cara en Holanda. Aprovechémonos de su ganancia; vendamos aquí los maderos pequeños y conduzcamos los demás á Holanda.

Así habló el astuto Miguel, y todos sus compañeros aplaudieron la idea, unos porque tenían deseos de ver la Holanda, y otros, estimulados por la esperanza del lucro. Solo uno de ellos fué bastante honrado para aconsejarles que no arriesgasen la mercancia del amo ó le engañasen en cuanto al precio que les reportara, pero no le escucharon. Sin embargo, Miguel no echó en olvido sus reprensiones, y se vengó mas adelante.

Siguieron pues el curso del Rhin y llegaron pronto á Rotterdam, donde les ofrecieron un precio cuádruple del que les propusieran en Colonia, y los enormes troncos de Miguel fueron pagados á peso de oro.

Cuando los marineros vieron tanto dinero no cabían en sí de contento. Miguel hizo la siguiente partición: una parte para el amo y tres para los marineros, y empezaron entonces á frecuentar las tabernas con los marineros y toda clase de gente baja y viciosa, gastando pronto con excesos todo el dinero. Miguel vendió á un tratante de hombres el compañero honrado que les había disuadido de cometer tan vil acción y no se ha vuelto á hablar mas de él desde aquel día.

La Holanda fué desde entonces para los maderistas un nuevo Eldorado, y Miguel el holandés fué para ellos un rey. Los leñadores de la Selva Negra se adiestraron en el comercio, y con el dinero de Holanda llegaron poco á poco los juramentos, las malas costumbres, los excesos y el juego.

Miguel desapareció cuando se supo la aventura, y nunca se llegó á saber qué había sido de él, pero no murió por eso, sino que su espectro vaga hace cien años por nuestros bosques, y se dice que ha ayudado á muchas personas á enriquecerse, aunque á costa de sus pobres almas... y no digo mas. No es menos cierto que aun ahora, en las noches de tempestad, busca los árboles mas corpulentos del Tannenbuhl en que puede manejar su hacha, y mi padre le vió cortar uno de cuatro piés de grosor como si fuera una caña. Regala los árboles que corta á los que se desvian del camino para ir á su encuentro. A media noche echan las almadías en el rio y él las acompaña hasta Holanda, pero si yo fuera dueño y señor de este país mandaria que las hiciesen pedazos, porque los barcos en que hay una sola tabla procedente de Miguel perecen desgraciadamente. A no ser por esto ¿cómo podria irse á pique un hermoso navio tan grande como una iglesia? Cada vez que Miguel corta un árbol en el bosque se desprende otro de los que él cortó de los costados del barco, el agua entra entonces por aquel boquero y hombres y riquezas van al fondo del mar.

En tanto que el anciano leñador contaba esta historia, se apaciguó la tempestad, los jóvenes encendieron luces y se retiraron, los hombres dieron á Pedro un saco lleno de hojarasca para que le sirviera de almohada y le desearon una buena noche.

El ambicioso carbonero pasó la noche en horrible pesadilla; ora creía ver al gigantesco

Miguel que abría la puerta y le presentaba con brazo de desmesurada longitud un bolsillo lleno de oro que hacia sonar como para alentarle, ora veía al pequeño vidriero que entraba en su cuarto sobre una gran botella verde y se figuraba oír su burlona risa como en el Tannenbuhl.

Oía resonar en su oído izquierdo:

« En Holanda hay oro...

« Puedes lograrlo, si quieres, fácilmente...

« ¡Oro! ¡oro! »

Y despues, una voz argentina pronunciaba el conjuro al pequeño vidriero y decía:

—¡ Estúpido carbonero! Necio, imbécil Pedro que no puedes hallar un consonante; sin embargo, naciste en domingo al medio día. Haz versos, Pedro; es preciso que hagas versos.

Y gemia, y se agitaba, y se esforzaba en buscar consonantes, pero eran infructuosas todas sus tentativas.

Cuando se despertó á los primeros albores del día, recordó el misterioso sueño, y levantándose de la cama empezó á reflexionar acerca de las palabras confusas que resonaban aun en su oído.

—Haz versos; se decía dándose palmadas en la frente, pero no podía enlazar dos consonantes. Mientras se hallaba meditando, tres jóvenes pasaron por delante de la cabaña y uno de ellos cantó:

Desde la verde colina

Lancé una triste mirada

Y ví la mujer divina

Que tiene el alma abrasada.

Esta cancion resonó como un trueno en el oído de Pedro, que se levantó apresuradamente, salió corriendo de la casa, y creyendo no haber oído bien, se dirigió hácia los jóvenes, y dijo á uno de ellos asiéndole bruscamente del brazo:

—Perdonad, amigo mio, pero hacedme el favor de decirme qué cancion era la que cantabais hace poco.

—Me gusta la exigencia, respondió el joven; ¿no puedo cantar lo que se me antoje? Suelta mi brazo, ó...

—Es preciso que repitas la cancion, dijo Pedro fuera de sí.

Los compañeros del cantor intervinieron en seguida, y descargando sendos puñetazos sobre el pobre Pedro, le sacudieron de lo lindo hasta que el dolor le obligó á soltar la presa y cayó medio desmayado.

—Aprovéchate de la leccion, le dijeron riendo, y ten cuidado de detener á nadie cuando vaya por su camino.

—No lo olvidaré, respondió Pedro suspirando; mas ya que me habeis pegado, tened la bondad de repetir la cancion.

Los jóvenes prorumpieron en burlonas carcajadas y se alejaron cantando lo que pedia con tanta obstinacion.

—Es decir que *colina* es consonante de *divina*, dijo el pobre apaleado. Vamos pues á dirigir la palabra al vidriero.

Y volvió á entrar en la cabaña, tomó el sombrero y el largo palo, y continuó su marcha dirigiéndose al Tannenbuhl.

Andaba despacio esforzándose en componer el verso que le faltaba, y habia llegado á los límites del Tannenbuhl, donde los árboles eran mas corpulentos, cuando lanzó una exclamacion de alegría; habia dado por fin con su verso.

De pronto apareció un hombre gigantesco, vestido con el traje de los maderistas y llevando en la mano una palanca tan larga como un mástil. Pedro dió algunos pasos atrás con terror al verle dirigirse hácia él con enormes pasos, porque pensó que solo podia ser Miguel el holandés. Aquel terrible personaje guardaba silencio y Pedro le examinaba tímidamente á hurtadillas. Le pareció de una edad intermedia entre la juventud y la vejez, aunque surcaban su rostro profundas arrugas, y llevaba la chaqueta de tela y las botas monstruosas tan conocidas de Pedro desde que oyó contar la leyenda al anciano leñador.

—¿Qué haces en el Tannenbuhl, Pedro Munck? le preguntó el rey de la selva con voz ronca y cavernosa.



Vió con terror una forma estraña detrás del pino. (Pág. 222, col. 3).

—Buenos días, respondió Pedro tratando de disimular su terror, pero temblando como un calenturiento; vuelvo á mi casa por el Tannenbuhl.

—Pedro, respondió el gigante lanzándole una mirada terrible; tu camino no pasa por el bosque.

—No precisamente, dijo Pedro, pero hoy hace calor y he creído que hallaría aquí mas fresco.

—No mientas, Pedro, gritó Miguel con voz de trueno, ó te mato de un garrotazo. ¿No te ví conjurar al vidriero? añadió con mas dulzura. ¡Buen negocio por cierto! Fortuna tienes de ignorar las palabras que debes pronunciar, porque es un avaro, y sus protegidos no tienen muchos ratos alegres. Pedro, eres un pobre hombre y te compadezco. Tan gallardo mozo, tan avispado y emprendedor, que podría hacer suerte en el mundo y que morirá siendo un miserable carbonero! Cuando los demás tiran á puñados los thalers y los ducados, apenas puedes gastar algunos miserables kreutzers. ¡Qué vida tan triste!

—¡Ah! respondió Pedro, teneis razon, mae-se Miguel.

—Yo he protegido con liberalidad á muchos jóvenes necesitados y tú no serás el primero. Dime cuantos thalers necesitas para empezar.

Y al pronunciar estas palabras, hacia resonar el dinero en sus inmensos bolsillos, y Pedro escuchaba el sonido metálico de su sueño.

(Se continuará.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

347. ¿Qué es lo que produce en la temperatura esa declinacion que favorece la deposicion del rocío?

La tierra que, habiendo recibido durante el dia el calor de los rayos solares, radia otra vez el calor al aire quedándose mas fria que él. Los varios objetos que hay en su superficie ra-

dian tambien el calor en mayor ó menor grado, y el rocío se deposita en la superficie de estos cuerpos á proporcion de la declinacion de su temperatura á causa de la radiacion.



Ejemplo de la formacion del rocío.

348. ¿Por qué hay muy poco ó ningun rocío cuando las noches se nublan?

Porque las nubes obran como radiadores secundarios; y cuando la tierra radia su calor hácia las nubes, éstas lo vuelven á su vez á radiar sobre la tierra.

349. ¿Por qué es mas abundante el rocío en las noches serenas?

Porque el calor que radia la tierra no vuelve á descender á ella. La temperatura de la tierra y del aire inmediato á su superficie, habiendo declinado, favorece la formacion del rocío.

(Háse observado que los rebaños que han dormido en el campo sobre la yerba durante la formacion del rocío tienen su lomo enteramente saturado de él, pero que desde debajo de la línea de su cuerpo que mira á la tierra su piel está seca. De la misma manera un globo suspendido en el aire en una noche de rocío presentaria su parte superior cargada de gotas en tanto que la inferior estaria libre de humedad.)

350. ¿Por qué las noches estrelladas suelen ser mas frias que las nubladas?

Porque el calor que radia la tierra pasa á las regiones mas apartadas de la atmósfera.

351. ¿Por qué es escaso el rocío debajo de los árboles cubiertos de follaje espeso?

Porque el follaje obra el efecto de una mampara que no deja pasar el calor que radia la tierra.

352. ¿Por qué no se forma rocío en las noches de viento?

Porque como los vientos son generalmente secos, absorben y se llevan la humedad atmosférica.

353. ¿Por qué los valles y terrenos hondos están mas sujetos al rocío?

Porque la elevacion de las tierras que los rodean favorece la tranquilidad del aire en el cual se conserva la humedad.

354. ¿Qué cuerpos están mas expuestos á cubrirse de rocío?

Todos los cuerpos que son buenos radiadores del calor, como por ejemplo la lana, el moleton, las yerbas, las hojas de las plantas, la madera, etc.

355. ¿Qué cuerpos son los que reciben menos rocío?

Los malos radiadores del calor, como las superficies de metal bruñidas, las piedras lisas y en general todos los cuerpos lisos tambien. El rocío es mas abundante sobre las hojas ásperas y lanudas que sobre las finas.

356. ¿A qué hora de la noche acostumbra á formarse mayor cantidad de rocío?

Generalmente se supone que es á la madrugada y al anochecer; sin embargo, no es así. El rocío cae toda la noche, pero en mas abundancia desde las doce en adelante.

357. ¿Por qué el rocío se forma en mas abundancia despues de media noche?

Porque como ya hace tiempo que dura la radiacion, la temperatura de la tierra y de los varios cuerpos que hay sobre ella ha declinado considerablemente.

(Se continuará.)